

LA DIA, ENEMIGA INTIMA DE LA CIA

El 18 de abril de 1961, en momentos en que se desarrollaba aún la invasión de Bahía de Cochinos en Playa Girón, Cuba, aviones despachados por la Central Intelligence Agency (CIA) desde Nicaragua, con el objetivo de apoyar a las fuerzas invasoras, fueron fácilmente derribados por los dos T-33 de Fidel Castro. Los cazas de la Fuerza Aérea de Estados Unidos que debían acudir en su ayuda de acuerdo con los planes trazados por el Esta-

La Agencia de Allen Dulles ya estaba cuestionada, en parte, cuando ocurrió lo de Bahía de Cochinos. Kennedy fue entonces dócil a la creciente presión del MIL-I-C (Military-Industrial

reemplazado por John Alex McCone, un industrial que, aunque ignorante en materia de Inteligencia, sabía todo lo que era menester saber en el área de los grandes negocios en fun-

la de su funcionamiento efectivo es la del 10 de octubre, dos meses después. Fue colocada bajo la dirección del teniente general John F. Carroll, un ex miembro del FBI, y la subdirección de dos ex agentes de la CIA, el mayor general William W. Quinn y el contraalmirante Samuel B. Frankel.

Gregorio Selser

Complex), que desde mucho antes estaba tratando de concentrar en el área del Departamento de Defensa todos los resortes posibles de poder hasta entonces dispersos. Dulles, un experto del contraespionaje, fue

ción del ya llamado "Pentagonismo".

De ese año datan las "Special Forces" o "Green Berets", el Programa de Alimentos para la Paz, la Alianza para el Progreso y la Defense Intelligence Agency (DIA). Kennedy no necesitaba acentuar su furia contra la CIA, para justificar el nacimiento de la DIA. Tenía ejemplos más que suficientes para llegar a la conclusión de que fáciles triunfos como los obtenidos en Irán (contra Mossadegh, 1953) y en Guatemala (contra Arbenz, 1954), habían exacerbado el engreimiento y fatuidad de los hermanos Dulles, que confundieron las técnicas de "desestabilización" económico-políticas, con las operaciones militares propiamente dichas.

La DIA fue creada por Robert S. McNamara para restituir las cosas a su cauce natural. Su fecha oficial de nacimiento es la del 10 de agosto de 1961; pero

Desde el comienzo la DIA se convirtió en "enemiga íntima" de la CIA. Le disputaba, esencialmente, los apetecibles cuan suculentos presupuestos anuales, aunque bajo la apariencia de un conflicto de jurisdicciones en el campo de la contrainteligencia. El enfrentamiento no tardó en hacerse público a principios de 1962, y de él se hicieron eco, en sus respectivas columnas, Drew Pearson y Stewart Alsop. A consecuencia de él, McCone iba a renunciar dos años más tarde a la jefatura de la CIA. En cambio, ubicada siempre en el cono de sombra justificado por la necesidad del secreto militar, la DIA pudo librarse del escrutinio público al tiempo que la CIA debía poner la cara no sólo ante el Congreso, sino ante la opinión pública.

Es gracias a esa especie de penumbra en la que hasta hoy



Gregorio Selser es un periodista argentino, autor de más de veinte libros de política, economía e historia latinoamericanas. En relación con el tema de que se ocupa este artículo ha escrito: "El Guatemala: la primera guerra sucia" (1959), "La CIA: desde Dulles hasta Raborn" (1967), "Espionaje en América Latina: el Pentágono y las técnicas sociológicas" (1966), "La CIA en Bolivia" (1968). En 1974 publicó: "Chile para recordar" y "La ITT en Estados Unidos y en Chile". Selser participó en las reuniones del segundo Tribunal Russell, en Bruselas, donde informó sobre las relaciones entre la CIA, la DIA y las empresas multinacionales.

do Mayor Conjunto piloteado por el almirante Arleigh Burke, aparecieron en la zona exactamente una hora después. "Alguien" no había tenido en cuenta la diferencia horaria entre Miami y Puerto Cabezas, Nicaragua, y de ahí una de las razones operativas del "fiasco" cubano.

En su obra "A thousand Days", Arthur M. Schlesinger refiere esta pequeña historia que provocó una de las más resonantes cóleras del Presidente John F. Kennedy, decidiéndole a no otorgar un solo respaldo más a la aventura que en su momento —marzo de 1960— autorizaron a Allen W. Dulles a preparar el Presidente Dwight Eisenhower y el vicepresidente Richard M. Nixon. La CIA, aparentemente, había realizado otra operación militar errónea. La anterior, casi un año atrás, fue la interceptación, sobre suelo de la Unión Soviética, del U-2 tripulado por Francis Gary Powers.



La DIA fue creada por Robert S. McNamara en su época de secretario de Defensa bajo la administración Kennedy.



Entrenamiento de marines en una base norteamericana.

actúa, que la DIA no fue mayormente molestada en sus actividades que, en lo que se refiere a "operaciones clandestinas", tretas sucias ("dirty tricks") y derrocamiento de gobiernos constitucionales (y de los otros) en América Latina, Asia y África, hace mucho que dejó atrás a la CIA.

Para esas actuaciones secretas, que en general poco han trascendido, la DIA tiene la coartada perfecta. Sus hombres se mueven solamente en los recoletos ámbitos castrenses: no necesitan cambiar de nombre, ni disfrazar sus actividades, ni pedir visas especiales, ni, en fin, hacer nada de todo lo que, en muchos casos de la CIA, permitió luego descubrir su juego. En América Latina los aviones militares norteamericanos vuelan permanentemente desde el punto central de la base Albrook, en Panamá, sede del SOUTHCOM (Southern Command), para llevar y traer sin registro alguno a oficiales regulares y a otros que pueden no serlo. Fort Gulick, centro de adiestramiento tradicional, también en Panamá (Canal Zone) es otra de las coartadas perfectas para el trasvasamiento de hombres en lo que podríamos denominar "sistema de lanzadera": oficiales latino-

americanos van a instruirse y retornan con la ideología de la guerra fría ya entronizada en su cuerpo y alma; en cambio, y a modo de reciprocidad, jefes y oficiales estadounidenses viajan a sus sedes y asientos en las

Times que no menos de siete altos jefes participantes de la conjura contra Allende habían sido alumnos de las escuelas de Panamá.

Por nuestra parte, podemos agregar que aún antes de la

comprobaciones de conspiración en su contra. Kennedy accedió. Rubottom fue retirado y retornó a su antigua función de profesor en West Point, de donde había salido. Y en su lugar fue designado Robert S. McClintock, quien meses más tarde y no obstante sus denodados esfuerzos, no pudo impedir que los militares y marinos derribaran a Frondizi. El Departamento de Estado nada había podido hacer contra un simple oficial de la Fuerza Aérea norteamericana, John S. Killner, Jr., agregado castrense a la Embajada en Buenos Aires, quien había reanudado los vínculos rotos con la salida de Rubottom.

Kennedy mismo fue una de las principales víctimas de la acción de la DIA, cuya política propia habitualmente enfrentaba a la del Departamento de Estado. Así fue como cayeron sucesivamente Arturo Frondizi (Argentina), Ramón Villed Morales (Honduras), Juan Bosch (R. Dominicana), José María Velasco Ibarra y Carlos Arosemena (Ecuador), Janio Quadros y João Goulart (Brasil), Miguel Ydígoras Fuentes (Guatemala), Víctor Paz Estenssoro y Juan José Torres (Bolivia). Y, por supuesto, Salvador Allende en Chile. Nuestra vieja costumbre de ver el diablo solamente con

CUADRO 1

	Agentes	Presupuesto (en dólares)
National Security Agency ..	24.000	1.200.000.000
Defense Intelligence Agency	5.000	200.000.000
Army Intelligence	35.000	700.000.000
Naval Intelligence	15.000	600.000.000
Air Force Intelligence	56.000	2.700.000.000
	135.000	5.400.000.000

capitales latinoamericanas, donde sus contactos y conocimientos forjados en los centros de adiestramiento de la Canal Zone les permitirán mantener una relación que a pretexto de profesionalismo será casi siempre de carácter ideológico-político. Y esto es lo que recuerda el sistema de fabricación de hilados por lanzadera.

De ahí que, casi inmediatamente después del golpe sangriento del 11 de septiembre de 1973 en Chile, Drew Middleton pudiera anotar en el New York

creación de la DIA como organismo oficial, sus hombres operaban con la misma independencia e irresponsabilidad con que lo hacen hoy día. Después de su caída del gobierno y con destino a un libro que publiqué ("Punta del Este contra Sierra Maestra"), el ex Presidente Arturo Frondizi me autorizó a revelar que durante una entrevista con el Presidente Kennedy, en septiembre de 1961, él le pidió que fuese retirado del país el embajador Roy S. Rubottom, por reiteradas

Alianza Universidad

Novedades

Francisco Rodríguez Adrados

La Democracia ateniense

AU 107, 472 págs., 340 ptas.

D. M. Winch

Economía analítica del bienestar

Curso de Economía Moderna
Penguin/Alianza

AU 112, 252 págs., 190 ptas.

David S. Landes, Juan J. Linz,
Louise A. Tilly, Charles Tilly
y otros

Las dimensiones del pasado

Estudios de historia cuantitativa

AU 115, 360 págs., 280 ptas.

Enrique Ballester

La nueva contabilidad

AU 116, 152 págs., 150 ptas.

Reediciones

C. U. M. Smith

Biología molecular

Enfoque estructural

AU 7, 456 págs., 200 ptas.

Martin J. Bailey

Renta nacional y nivel de precios

Curso de teoría macroeconómica

AU 17, 352 págs., 180 ptas.

C. U. M. Smith

El cerebro

AU 20, 440 págs., 220 ptas.

Jean Piaget, Paul F. Lazarsfeld,
W. J. M. Mackenzie y otros

Tendencias de la investigación en las ciencias sociales

AU 45, 280 ptas.

Alianza Editorial

16 triunfo

LA D. I. A.

la figura de la CIA, nos hizo perder de vista la perfección con que en las guarniciones militares de toda América se escuchan los timbres del Pentágono. El caso de Cheddi Jagan (Guyana) es especial: fue la excepción que confirma la regla.

Y como en el célebre cuento de Edgar Allan Poe, "La carta robada", ocurrió que la pieza estaba allí, a la vista de todos, en el centro de la mesa, y no se le ocurriera a casi nadie que lo obvio era lo más importante. Y lo obvio es que desde hace no pocos años que la CIA viene siendo "el que recibe las bofetadas", la víctima de todas las acusaciones, ciertas o falsas, el chivo expiatorio de cuantas demasías y atropellos viene cometiendo Estados Unidos contra pueblos y gobiernos de todo el mundo subdesarrollado. Y más llamativo es que se mantiene en silencio, como una especie de "punching-ball", en tanto su "enemiga íntima", la DIA, ni siquiera es mencionada en casos de flagrante intromisión como los que realizó en Chile desde 1969 hasta 1973.

Porque si se analizan los antecedentes de gran parte del personal de la Embajada de Estados Unidos en esos años, se percibirá casi sin esfuerzo que de una u otra manera estaba atado como por un cordón umbilical a los servicios secretos de las tres fuerzas armadas, que dependen de la Defensa Intelligence Agency (DIA). Así, por ejemplo, Raymond Alfred Warren, Frederick W. Latrash, John W. Isaming, Joseph F. McManus, Benito P. Iarocci, Keith W. Wheelock y Dean Roesch Hinton. También el embajador Nathaniel P. Davis (hoy designado secretario de Estado adjunto para Asuntos Africanos) y el furibundo Harry W. Schlaudeman (suicidamente aceptado hoy por Venezuela como embajador de Estados Unidos), quien entre otros antecesores tenía el de haber participado en 1963 en el derrocamiento de Juan Bosch. Añadamos los nombres de Daniel N. Arzac, Jr., Arnold M. Isaacs, James F. Anderson, John B. Tipton y Donald H. Winters.

Por cuerda aparte militaban en la conspiración el coronel William M. Hon, el teniente coronel Lawrence A. Corcoran y el capitán de navío James Ralph Switzer, el teniente coronel John D. Carrington, el teniente Adrian Schreider, el mayor Cleveland F. Pratt, el coronel Ray Davis y hasta —lujo superlativo si los hay— alguien de apellido típicamente hispano, el coronel Carlos E. Urrutia, jefe de la

misión del Ejército de Estados Unidos en Chile.

Cuando "El Mercurio" se burló, a raíz de las denuncias del representante Michael J. Harrington, de que la CIA hubiese sido autorizada por el Forty Committee (Comité Cuarenta) a gastar "solamente" doce millones de dólares para "desestabilizar" a Allende, cifra a su juicio tacaña, sabía perfectamente que ni esos doce millones, ni su efecto multiplicado por la inflación hasta cinco veces, habían sido el verdadero pivote del complot. Su propietario, Agustín Edwards, tiene demasiados amigos en el Pentágono como para saber la verdad.

Pero América Latina no ha sido la única víctima de la DIA. Los cambios de gobierno en África, en los últimos diez años, muestran las mismas huellas digitales impresas en cada "revolución" o guerra. Y no es por mera casualidad que, mientras el último presupuesto "oficial" de la CIA conocido (1972) fue de 750 millones de dólares y una dotación admitida de 16.500 agentes, los servicios de Inteligencia ligados a la DIA contaron con una asignación de 5.400 millones de dólares y una dotación de 135.000 agentes, de acuerdo con el cuadro (*).

Las cifras precedentes no incluyen, siempre en el ramo del espionaje, los ocho millones de dólares (350 agentes) del Buró de Inteligencia e Investigación del Departamento de Estado; 40 millones (800 agentes) de la División de Seguridad Interna del FBI; 20 millones (300 agentes) de la División de Inteligencia de la Comisión de Energía Atómica, y los 10 millones de dólares (300 agentes) del Departamento del Tesoro.

Corresponde, además, aclarar que la National Security Agency (NSA) es un organismo totalmente independiente —aunque la similitud se suele prestar a confusiones— del National Security Council (NSC) o Consejo de Seguridad Nacional, que es donde realmente se deciden las operaciones abiertas o clandestinas en materia de políticas, incluyendo derrocamientos y/o "desestabilizaciones" de gobiernos. En esta materia el doctor Henry A. Kissinger, como ahora se sabe, tiene muchas tesis de posgrado aprobadas con el máximo puntaje de eficacia.

También debe aclararse que la magnitud de los fondos asignados a la Inteligencia de la

Fuerza Aérea se explica porque de ésta depende la Oficina de Reconocimiento Nacional, el más sofisticado organismo de espionaje aéreo e interestar, a cuyo cargo están hoy, por ejemplo, los aviones espías U-3 y los satélites con equipos que desafían, en cuanto a calidad de relevamientos, lo que la más audaz de las imaginaciones pueda concebir.

De hecho, la DIA y la NSA operan en estrecho contacto aunque parezcan funcionar separadamente. Entre ambas y habida cuenta de que en última instancia expresan la voluntad del MIL-I-C, son la fuerza castrense, económica, ideológica —y por lo tanto política— de mayor peso y poder de decisión sobre el Consejo de Seguridad Nacional (NSC). Y no hay nada que refleje con mayor crudeza esta permanente colusión entre las agencias de espionaje y el Complejo Militar-Industrial, que las célebres audiencias ("Hearings") realizadas en el Subcontinente de Corporaciones Multinacionales dirigido por el senador Frank Church, entre marzo y abril de 1973.

Basta, pues, tener en cuenta las diferencias de presupuestos y personal empleado existentes entre la CIA y la DIA, para deducir que las hermanas rivales o "enemigas íntimas" tienen profundas razones estratégicas para haberse dividido el campo de admisión de actividades clandestinas, también llamadas "operaciones sucias" del estilo de las de Chile, Indonesia (1965-1966), Argentina (derrocamiento de Arturo Illia en 1966), Burundi (1966), Zaire (1965), Corea del Sur (1963), Vietnam del Sur (muerte de Ngo-Dinh Diem en 1963; ascenso al poder de Nguyen Van Thieu en 1967), Camboya (1972), Uganda (1971) y Ghana (1972), por no citar sino algunas. Y no debemos olvidar a los coroneles de Grecia.

El señor James Schlesinger, hoy secretario de Defensa y anteriormente director de la CIA, ha sido en los últimos tiempos uno de los mejores proveedores de material informativo acerca de la CIA, hecho que agradecemos fervorosamente todos aquellos que nos hemos ocupado del tema en los últimos años. Nos gustaría que mostrara idéntica desinhibición para proporcionar materiales sobre las actuaciones de la DIA, organismo que está hoy bajo su jurisdicción. Se podrían así aclarar otros episodios confusos de la historia contemporánea, de los que fueron víctimas pueblos y gobiernos del Tercer Mundo. ■ G. S.

(*) Estas cifras, que estimamos bajas, están tomadas del libro *The CIA and the cult of Intelligence*, de Victor Marchetti y John S. Marks. Alfred A. Knopf. New York, 1974.